

El estado de la cuestión *

*La defensa de la humanidad exige
la radicalización de las luchas populares*

Este texto de Samir Amin constituye un informe del estado de la cuestión, pero también un llamamiento a la lucha. Una lucha nada fácil, porque las izquierdas, víctimas de una aplastante derrota cultural y política, carecen de confianza en ellas mismas para llevarla a cabo. Y, sin embargo, el capitalismo se halla en una fase –que Amin ha denominado senil– que exige la intervención militar para su reproducción, lo que evidencia su debilidad.

El capitalismo, un sistema obsoleto que se ha convertido en enemigo de la humanidad

El capitalismo, como todos los sistemas sociales históricos, cumplió, en su fase de ascenso, funciones progresistas (comparadas con las de los sistemas políticos que lo precedieron): liberó al individuo de muchas limitaciones que le imponían los sistemas anteriores, desarrolló las fuerzas productivas hasta un nivel sin precedentes, fusionó múltiples comunidades hasta forjar las naciones que conocemos, sentó las bases de la democracia moderna. No obstante, todos esos logros estuvieron signados y limitados por su naturaleza de clase: el individuo “libre” en realidad sólo es “un varón burgués acomodado”, y la persisten-

* Fuente: *El Viejo Topo*, nº, 234-235, 2007.

cia del patriarcado ha mantenido a la mitad femenina de la humanidad en posiciones subordinadas; los beneficios de la democracia le están reservados a ese burgués; la explotación de la naturaleza ha estado asociada a la lógica del cálculo financiero, siempre dominado por consideraciones de corto plazo, lo que ha dado origen a grandes amenazas a largo plazo; los derechos de las naciones sólo existen para las que pertenecen a los centros dominantes, mientras que se les han negado sistemáticamente a las de las periferias dominadas y colonizadas. A medida que aumentaban los éxitos de la expansión globalizada del capitalismo, sus limitaciones se hicieron gradualmente más patentes, hasta llegar a alcanzar en nuestros días dimensiones trágicas.

El capitalismo globalizado contemporáneo ya no constituye un marco adecuado para la búsqueda de la emancipación individual y colectiva de los seres humanos. El capitalismo no es sólo un sistema que se sustenta en la explotación de los trabajadores (especialmente de la clases obrera), sino que se ha convertido en enemigo de la humanidad.

El imperialismo moderno no tiene nada que ofrecer a la gran mayoría de los pueblos de Asia, África y América Latina (que conforman el 75% de la población del planeta); la continuación del desarrollo capitalista de esos países, por más beneficiosa que pueda resultarles a unos pocos privilegiados en determinadas condiciones, exige el empobrecimiento masivo del resto de los habitantes (en particular en las sociedades campesinas, que componen casi la mitad de la humanidad), e incluso supone, en muchos casos, la adopción de prácticas genocidas. La continuación del dominio del capital sobre la totalidad de esas periferias, cuyos pueblos, como resultado del mismo, exhiben un constante potencial de revuelta (las “zonas tempestuosas”, que la jerga criminal de los amos del sistema denomina estados “canallas” y nidos de terroristas), exige la militarización de la globalización.

Ese proceso elimina la posibilidad de que esos pueblos alcancen una genuina democratización asociada a un progreso social real.

En los opulentos centros del sistema, el capitalismo ya no tiene mucho que ofrecerles a sus pueblos, más allá de un consumismo que aliena y destruye al individuo, a las relaciones de fraternidad humana, a la genuina emancipación de las mujeres, a la dimensión liberadora de la práctica de la democracia. Hay que aclarar que esas “ventajas” se distribuyen de manera cada vez más desigual. El capitalismo moderno ha reemplazado sus antiguas formas sustentadas en “burguesías emprendedoras” por la dictadura de las plutocracias. La constante manipulación de los pueblos en cuestión (entre otras cosas para ponerlos en contra de las víctimas fundamentales del sistema –los pueblos de las periferias– en nombre del llamado “choque de las civilizaciones”) cuenta con el apoyo que les brinda a dichas plutocracias el monopolio que ejercen sobre los medios de comunicación, con lo que la democracia se reduce a un conjunto de prácticas carentes de sentido y alcance, y pierde su legitimidad.

En el nivel global, la acumulación impulsada exclusivamente por la lógica del lucro a partir del capital implica la acelerada destrucción de las bases naturales para la reproducción de la vida en todo el planeta; el agotamiento de los recursos no renovables (en particular el petróleo); la destrucción irreversible de la biodiversidad; y gigantescos daños ecológicos que pueden incluso, con el tiempo, llegar a amenazar la vida en la Tierra. Se debe señalar que esa destrucción implica un acceso cada vez más desigual a los “beneficios” de que disfrutaban los privilegiados en el corto plazo. Cuando el presidente G. W. Bush declara que “el modo de vida norteamericano no es negociable”, lo que quiere decir en realidad es que excluye cualquier perspectiva de que los pueblos de los tres continentes puedan “alcanzar” a los desarrollados, a fin de preservar para uso exclusivo de las naciones imperialistas (en primer lugar los Estados Unidos, y en se-

gundo término los europeos y los japoneses) el acceso a la posibilidad de derrochar los recursos de todo el globo.

La apertura por la fuerza de nuevos campos a la expansión del dominio de las plutocracias establecidas –la privatización de los servicios públicos (educación, salud) y de producciones destinadas a satisfacer necesidades básicas (agua, electricidad, vivienda, transporte)– siempre desemboca en la exacerbación de las desigualdades y la eliminación de derechos sociales fundamentales de las clases populares.

La lógica exclusiva de la racionalidad cortoplacista consistente en calcular la ganancia inmediata sobre las inversiones es una invitación a que se produzca un estallido de hechos real o potencialmente criminales (en especial por intermedio de la biogenética).

El capitalismo se ha convertido en enemigo de toda la humanidad. Por ello, debe considerársele como un sistema “obsoleto”. Incluso lo calificaría de “senil”, a pesar de los aparentes éxitos de su actual expansión. La defensa de la humanidad nos exige que actuemos sobre la base de principios fundamentales diferentes a los que gobiernan la acumulación y la reproducción capitalistas/imperialistas globalizadas.

La necesaria radicalización de las luchas de los pueblos

Las agresiones del capital oligopólico globalizado bajo el control de las plutocracias financieras se enfrentan a la resistencia creciente de los pueblos de todo el planeta, cuyas respuestas hacen del contraataque una posibilidad real. No obstante, hay que señalar que, hasta el momento, las resistencias y respuestas se han desmoronado una tras otra. En los países opulentos del capitalismo central, esas resistencias se concentran, en buena medida, en la defensa de conquistas que son diariamente erosionadas por el avance de la política liberal. En algunas sociedades perifé-

ricas las respuestas cristalizan en torno a proyectos culturalistas que exhiben una añoranza del pasado, los cuales, por definición, resultan incapaces de hacer frente a los retos del siglo XXI. La mayoría de los movimientos que están actualmente en conflicto con el nuevo poder de las plutocracias no cuestionan los principios fundamentales del capitalismo, aunque esos principios están en la semilla de tragedias sociales de las cuales sus bases populares son víctimas. Esos movimientos combaten las consecuencias del sistema, y no se preocupan lo suficiente por los mecanismos que les dieron origen. Ese es el motivo de que las luchas no hayan logrado aún alterar la correlación de fuerzas a favor de las clases populares, aun cuando han ganado aquí y allá algunas victorias significativas.

La radicalización de las luchas –entiendo por ello la rauda toma de conciencia acerca del carácter obsoleto del capitalismo– rige su capacidad para producir posibles alternativas. Esa radicalización es necesaria y posible.

A pesar de la extrema variedad de condiciones objetivas que están en la base de la inserción de las clases trabajadoras y sus naciones en el sistema capitalista/imperialista contemporáneo, todos los pueblos del mundo aspiran a alcanzar el progreso social, una genuina democratización y la paz. Ser radical hoy en día significa unir, no fragmentar, las diferentes dimensiones de ese reto, a saber:

1. Asociar la democratización en el manejo de todos los aspectos de la vida política, económica, social, familiar, de negocios, escolar, barrial y nacional con el progreso social para todos, comenzando por los más desposeídos. Una genuina democratización resulta inseparable del progreso social. La defensa de los derechos humanos, el derecho al trabajo, la “igualdad de oportunidades” –como la llaman– para hombres y mujeres en todas las esferas, por más legítimos que puedan ser (y lo son), no resulta suficiente; hay que ir más allá e insertarlos en un

proyecto global que dé inicio a una transición al socialismo. La diversidad de visiones, aunque respetable no sólo por sí misma, sino porque resulta enriquecedora, no debe constituirse en un obstáculo insuperable para la construcción de la unidad de las clases trabajadoras y el internacionalismo de los pueblos.

2. Respetar la independencia y la soberanía de los estados, las naciones y los pueblos y construir sobre esa base un sistema internacional policéntrico. Esa es la condición básica para reducir significativamente los conflictos de intereses derivados de la inequidad del desarrollo capitalista. Reemplazar las brutales luchas de poder por la obligación a negociar, y poner fin a la interminable guerra del Norte contra el Sur que caracteriza a nuestra época. Ello significa, definitivamente, la construcción de “frentes unitarios” –la renovación del No Alineamiento y, en particular, de la Tricontinental– en torno a objetivos comunes, el reemplazo de las instituciones actuales que sirven al capital financiero globalizado –la OMC, el FMI, el Banco Mundial, la OTAN, la Unión Europea en su forma actual, los proyectos regionales como el Área de Libre Comercio de las Américas, los tratados que regulan las relaciones entre la Unión Europea y los países de África, el Caribe y el Pacífico– por otras instituciones dedicadas al manejo de la globalización. Se han dado algunos pasos en esta dirección, especialmente en América Latina, con el proyecto del ALBA y, aun con sus limitaciones, con el MERCOSUR, y en Asia con el grupo de Shanghai. Pero aún estamos lejos de desembarazarnos de las instituciones existentes, si bien han perdido su legitimidad a los ojos de los pueblos. Lamentablemente todavía muchos militantes de los movimientos de lucha, sobre todo en los países opulentos del centro imperialista (la “Tríada”, integrada por Estados Unidos y Canadá –a los que habría que sumar Australia–, Europa occidental y central y Japón) rechazan la idea de la defensa de las naciones, ubicándola apresuradamente en la misma categoría que el chovinismo agre-

sivo. En mi opinión, les guste o no, quienes así actúan le hacen el juego al capitalismo imperialista globalizado.

La radicalización, entendida a partir de los elementos constitutivos que he identificado, equivale a politización de las luchas y afirmación de la alternativa socialista. Por politización me refiero a la rápida toma de conciencia de que no hay ningún movimiento social que pueda reivindicar un carácter “apolítico”, incluso si dicho movimiento puede parecer una respuesta legítima a la lógica de recuperación desplegada por las fuerzas políticas establecidas, y muy notablemente por los partidos en su forma actual, e incluso aunque el rechazo al auto-proclamado carácter de “vanguardia” tras el cual esos partidos, grandes o minúsculos, se refugian, es, en sí mismo, perfectamente legítimo. Por el momento, la radicalización exige que se le conceda prioridad a derrotar el proyecto de control militar del planeta al servicio de la globalización plutocrática.

Frente a la agresión imperialista no hay más alternativa que la movilización armada de los pueblos del Sur

El período actual se caracteriza por un renovado despliegue imperialista en el que se asocian los miembros de la Tríada antes mencionada. Esa asociación, que me lleva a describir el imperialismo actual como “colectivo” (a diferencia de los imperialismos del pasado, continuamente enfrentados entre sí) significaría –según la clase dominante de los Estados Unidos– el alineamiento incondicional de sus socios, subordinados a sus posiciones. Los europeos, aunque no cuestionan el liderazgo de Washington, quizás desearían, sin embargo, tener una mayor participación en la formulación de la estrategia común y lograr un reparto menos desigual de los beneficios derivados de ella. En cualquier caso, el despliegue imperialista constituye una nueva

“guerra de los cien años” del Norte contra el Sur, y la continuación de una agresión ininterrumpida que comenzó en 1492.

La manera en que las plutocracias globalizadas ven al mundo se presenta al público con el término insípido de “globalización”, como si ésta no pudiera asumir una forma diferente a la que tiene en el presente. En realidad, la violencia de las contradicciones que oponen los intereses de los pueblos y naciones de las periferias del sistema a los de los sectores dominantes del capital globalizado ha adquirido tal magnitud —en nuestra época— que la globalización en cuestión tiene que ser militarizada, esto es, garantizada mediante el control militar del planeta, como proclaman los gobernantes de Washington.

El proyecto de los Estados Unidos, que cuenta con el apoyo de sus subordinados aliados europeos (e israelí en la región del Oriente Medio), consiste en establecer un control militar sobre todo el planeta. Según esta perspectiva, Oriente Medio ha sido elegido por cuatro razones como la región donde lanzar un “primer golpe”:

- a) cuenta con las reservas de petróleo más abundantes del globo, y su control directo por parte de los Estados Unidos le daría a Washington una posición privilegiada, al colocar a sus aliados —Europa y Japón— y a su rival potencial (China) en una situación incómoda de dependencia en lo que toca a su suministro de energía;
- b) está ubicada en el corazón del mundo antiguo, lo que facilita la consecución del objetivo de constituirse en una amenaza militar permanente contra China, India y Rusia;
- c) la región atraviesa en la actualidad un proceso de debilitamiento y confusión que le permite al agresor conquistar una fácil victoria, al menos en la fase inicial;
- d) los Estados Unidos cuentan con un firme aliado en la región, Israel, que posee armas atómicas.

El proyecto estadounidense tiene como único objetivo poner a la región bajo el control militar de Washington (con el disfraz de exportar la “democracia”) y mantener en ella un orden neoliberal que funcione para su exclusiva ventaja. Washington también ha asumido como propias las fantasías del sionismo: la fragmentación de la región en microestados divididos por líneas étnicas o religiosas, el ejercicio por parte de Israel de una especie de “protectorado”, tras el de los Estados Unidos, sobre esos estados.

La puesta en práctica de ese proyecto registra avances: Palestina, Iraq, Afganistán están ocupados y destruidos; Siria e Irán afrontan amenazas abiertas, después del Líbano. Pero la bancarrota del proyecto no es menos visible; la resistencia de los pueblos no se debilita, los libaneses dan una lección de unidad en defensa de sus combatientes, frustrando así las expectativas de Tel Aviv, Washington y Europa. Dotada de medios simples, la resistencia libanesa se enfrentó con éxito a ejércitos enemigos muy bien equipados merced al puente aéreo establecido desde la base norteamericana de Diego García (de ahí la unidad de esas bases en el criminal proyecto mundial de Washington). Ahora que la resistencia popular armada en el sur del Líbano ha demostrado su efectividad, todos los esfuerzos de los Estados Unidos y Europa se encaminarán a imponer su desarme, a fin de permitirle a Israel obtener una fácil victoria en la próxima agresión. Hoy resulta más necesario que nunca defender el derecho inalienable de los pueblos a la resistencia armada ante el agresor imperialista y sus agentes regionales.

Ese proyecto no amenaza de muerte sólo a la región del “Gran Medio Oriente”. El despliegue de más de seiscientas bases militares estadounidenses en todo el planeta tiene como propósito establecer el dominio de Washington sobre todo el mundo, incluidos sus socios subordinados de la Tríada, que se ven obligados –debido a su carencia de medios militares y políticos com-

parables a los norteamericanos— a alinearse con el hegemonismo unilateral de los Estados Unidos como única vía para participar en los beneficios derivados del saqueo del planeta a favor del nuevo colectivo imperialista.

Con ese fin, los Estados Unidos y sus socios han elaborado una nueva doctrina militar encaminada a proporcionarles una “superioridad absoluta” sobre todos sus adversarios, esto es, los pueblos y las naciones del Sur. Claro que esa superioridad no es nada nuevo. Generada por el carácter desigual inherente al desarrollo del capitalismo, le ha permitido al Norte, a partir de 1492, imponerse al Sur, aun si ha sido al precio de largas guerras coloniales de conquista (y eso sin incluir las guerras entre las potencias imperialistas del Norte). Esa superioridad absoluta fue puesta en jaque durante cierto tiempo por el poderío militar soviético y por la fuerza política y militar de los países liberados de Asia (China, Vietnam) y unos pocos de otras regiones (p.e. Cuba). La nueva coyuntura política y los desequilibrios que la caracterizan les han permitido a las clases dominantes del imperialismo colectivo idear un nuevo modelo de “guerra” que ya no exigiría la ocupación del territorio enemigo, con las dificultades y riesgos que ella conlleva.

La nueva “guerra” se reduce a bombardeos aéreos masivos (a los cuales no pueden responder las víctimas de manera similar) y a la destrucción de la infraestructura y los medios de vida de las víctimas. Esa forma de “guerra” no excluye la posibilidad de utilizar armas atómicas —“si resulta necesario”, como ha proclamado G. W. Bush— y todas las demás armas de destrucción masiva (incluso si están “prohibidas”): minas antipersonales, bombas de fragmentación, bombas de racimos -todas ellas empleadas por Israel- armas químicas y biológicas. El objetivo de esa forma de guerra consiste, sencillamente, en aterrorizar a poblaciones enteras, o incluso, en caso de resistencia (descrita como “suicida” por los nuevos expertos militares del Pentágono), ani-

quilarlas (esto es, apelar al genocidio). Gracias a la publicación de documentos del Pentágono, hemos sabido por Daniel Ellsberg que se ha ponderado la eliminación de unos seiscientos millones de seres humanos con ese genocidio (cien holocaustos, según Ellsberg) mediante una serie infinita de “guerras preventivas”. Los Estados Unidos son el estado terrorista, el estado canalla por excelencia. Los discursos sobre la legalidad internacional, la legislación humanitaria y la democracia carecen de sentido ante esas realidades. Hay que defenderse, hay que prepararse para la defensa, y así obligar a las plutocracias que gobiernan el sistema a retroceder y renunciar a su proyecto. Entonces se podrá hablar de leyes en condiciones que permitan su florecimiento.

La nueva tecnología de la guerra presenta una segunda ventaja: la de ser una “guerra con cero muertes” (para los agresores, naturalmente). Ese “requerimiento” satisface una marcada característica de las sociedades del Norte, que ya no aceptan las carnicerías de etapas anteriores. La doctrina de “cero muertes”, según sus creadores, lograría que unos pueblos aceptaran el genocidio de otros. Lamentablemente, ese puede ser el caso en lo que concierne al pueblo de los Estados Unidos en esta coyuntura. En lo que toca a los pueblos de Europa, sus autoridades han optado, hasta el momento, por el silencio.

Los pueblos del Sur sólo pueden ponerse a la altura de ese reto preparándose –militarmente– para la confrontación. “Desarmaos, que vamos a atacaros”, proclaman los medios de comunicación al servicio del imperialismo. A esa invitación, cuya singularidad sólo es comparable con lo innoble de su carácter, los pueblos y estados del Sur sólo pueden darle una respuesta: desarrollar sus capacidades militares hasta alcanzar el nivel requerido y las formas capaces de disuadir al enemigo.

El siglo XX fue testigo del nacimiento de los movimientos de liberación nacional de los pueblos de la periferia. Muchos mo-

vimientos populares se han visto obligados a empuñar las armas para responder a las intervenciones violentas del imperialismo. Lo han hecho victoriosamente mediante la formulación de una teoría y una estrategia militares apropiadas, cuyos modelos han sido el ejército popular chino y las guerrillas de Vietnam, Argelia, Cuba y las colonias portuguesas. Su efectividad ha residido en el doble principio de amplia movilización popular (que incluye la politización de las fuerzas armadas y su participación en las transformaciones sociales progresistas) y de adquisición del equipo y las técnicas de combate adecuados.

En los escritos militares de los bolcheviques, de Mao Zedong y Amílcar Cabral se elaboró la teoría del “pez en el agua”, posibilitada por el hecho de que el enemigo combatía en el terreno de las sociedades periféricas en revolución.

En el Tercer Mundo capitalista, las luchas de liberación nacional han desembocado en la formación de autoridades burguesas locales de diversa naturaleza, que van desde la sumisión neocolonial hasta el intento burgués radical de imponer un orden internacional menos desfavorable. La doctrina militar de los estados del Tercer Mundo es una función de su carácter político y social, en otras palabras, de la ilusión de las burguesías nacionales acerca del proyecto del cual son portadoras. En ese marco, se ha concebido a las fuerzas armadas fundamentalmente como fuerzas policiales internas. Al ser ese el caso, los sistemas radicales nacidos de los movimientos de liberación nacional han iniciado un proceso mediante el cual resulte posible enfrentar esa concepción, aun si están presos del carácter burgués de las clases dominantes, que no pueden tolerar la sustitución del concepto de un ejército convencional por el del “pueblo armado”. Añádase que la percepción del juego diplomático encaminado a apoyar a la nación en su enfrentamiento con el imperialismo se sustentaba en la alianza con la Unión Soviética, de la que se esperaba que proveyera los armamentos modernos y mantuviera viva la ame-

naza de una intervención más enérgica de producirse esa necesidad. No obstante, al mismo tiempo, esos regímenes nunca han concebido la posibilidad de un conflicto con el imperialismo que no sea de carácter temporal. Es por eso que, en el mundo árabe, creyeron que podían introducir una cuña entre su enemigo directo (Israel) y sus aliados norteamericano y europeo: mantuvieron abiertas sus dos opciones en el frente diplomático, y la posibilidad de modular (o incluso abandonar) su alianza con los soviéticos en caso de que los occidentales dieran pasos firmes en dirección al reconocimiento de sus derechos. Hemos visto a regímenes radicales caer en esa trampa, e incluso antes de la desaparición de la Unión Soviética, iniciar un reaceramiento a los Estados Unidos y Europa sin recibir nada a cambio. Por el contrario, el enemigo ha aprovechado la oportunidad para derrocar a regímenes nacionalistas o para poner fin a tendencias radicales y someter a los países en cuestión a los peligros de un régimen de burguesía compradore.¹

Hoy en día, en el marco del proyecto de los Estados Unidos y del imperialismo colectivo, se han creado fuerzas de despliegue rápido para evitar que el agresor se vea empantanado en guerras prolongadas. Por tanto, su lógica es, necesariamente, la de una guerra preventiva cuyo inicio se decide “antes de que sea demasiado tarde, es decir, antes de que las fuerzas políticas y sociales de orientación nacional y popular hayan tomado el poder”. Los objetivos del despliegue rápido, por tanto, consisten en derrocar a gobiernos a los que se considera incapaces de bloquear a un movimiento popular radical, o a los que por debilidad o demagogia se ven obligados a cuestionar el *statu quo* imperialista. Esa estrategia implica que el derrocamiento debe ser perfecta-

¹ Con el término compradore, de origen mameluco y empleado también por Mao Ze Dong, se designa a las burguesías de los países colonizados, semicolonizados o dependientes que actúan como intermediarias de los estados imperialistas, colaborando con ellos en tanto obtienen beneficios.

mente controlado, en otras palabras, que se pueda instalar un nuevo gobierno durante la propia operación. Los medios militares empleados deben ser capaces de propinar un duro golpe en un breve lapso de tiempo, a fin de destruir la capacidad de organizar la resistencia. Pero también debe tener un “costo reducido” para los agresores y terminar, para ellos, con un número insignificante de bajas fatales.



Vista la cuestión desde el otro lado, la creación de una fuerza disuasiva al servicio de los pueblos del Tercer Mundo no es un asunto puramente de técnica militar y armamentos, sino, sobre todo, de política. De ahí que la creación de dicha fuerza tenga necesariamente que basarse sobre dos pilares: un ejército popular (el ideal del “pueblo armado”) y medios militares efectivos.

Como el objetivo político de la fuerza de despliegue rápido consiste en el derrocamiento de un régimen, resulta esencial hacer imposible ese objetivo (o al menos sumamente difícil). Una autoridad local dictatorial, aceptada por pasividad, siempre será

vulnerable si por una u otra razón se convierte en blanco de un ataque occidental. Un gobierno nacional verdaderamente popular, apoyado por un ejército popular construido a su imagen y semejanza, reduce considerablemente la vulnerabilidad inherente a la condición de país “subdesarrollado”. La intervención rápida se torna inefectiva, en el sentido de que el orden imperialista sólo puede ser restaurado mediante la ocupación militar del país, lo que obliga al adversario a combatir sobre el terreno. En ese caso, al imperialismo no le queda más que esa opción, o, en su defecto, la de cometer un genocidio mediante bombardeos masivos (incluso atómicos), lo que exigiría una verdadera fascistización de las sociedades occidentales.

Los acontecimientos recientes en el Medio Oriente, invadido por las tropas de los Estados Unidos y de sus fieles aliados (en particular Israel, y algunos países europeos), son una buena muestra de lo que he planteado aquí: la “fácil” victoria inicial de la invasión a Iraq, el fracaso político del proyecto de Washington y el ascenso de las resistencias en ese país (a pesar de las insuficiencias que las caracterizan), y el fracaso del ejército israelí contenido por la resistencia popular en el sur del Líbano. Le recomiendo al lector que consulta el análisis que he realizado de estos temas en otros artículos, en especial el titulado “Es imprescindible la derrota de Estados Unidos, de Israel y de sus aliados”.

No obstante, no basta la resistencia popular armada como única respuesta posible a la agresión. Es necesario complementar su potencial poder disuasivo con un equipamiento efectivo y moderno “antifuerzas de despliegue rápido”. La disuasión le exige al país del Tercer Mundo, a pesar de la destrucción masiva que sufre como resultado del primer golpe, contar con una capacidad significativa de respuesta en un segundo golpe, para así infligir grandes pérdidas a las fuerzas de despliegue rápido o a blancos

ubicados en el campo enemigo. En ese caso, la intervención rápida se convierte en una aventura incierta.

La coherencia móvil es la respuesta a la cuestión de los medios que se requieren para la disuasión, dado que la posibilidad de que escapen a la destrucción durante el primer golpe es alta, y a que su capacidad para alcanzar blancos enemigos en respuesta a un golpe también lo es.

La cuestión de la “proliferación de las armas nucleares”, y, más específicamente, la amenaza bajo la cual mantienen los imperialistas a Irán, acusado de desarrollar una “peligrosa” capacidad nuclear, vienen aquí al caso.

No pretendo entrar en este momento en el análisis que amerita la “revolución islámica”. Haré sólo dos observaciones desde el punto de vista de lo que nos interesa en este trabajo. La primera es que el régimen iraní de islamismo político no es incompatible, por su naturaleza, con la integración del país en el sistema capitalista globalizado existente. La segunda es que la iraní es una “nación fuerte”, cuyos componentes fundamentales, o incluso todos –las clases trabajadoras y las dominantes– no aceptan la integración del país en el sistema globalizado desde una posición de debilidad. Por supuesto, existe una contradicción entre esas dos dimensiones de la realidad iraní, y la segunda explica la orientación de la política exterior de Teherán, que demuestra una voluntad de no someterse a los dictados foráneos.

Lo cierto es que el nacionalismo iraní –fuerte y, en mi opinión, históricamente muy positivo– es lo que explica el éxito de la “modernización” de las capacidades científica, industrial, tecnológica y militar emprendida por los sucesivos regímenes del Sha y del jomeinismo. Irán es uno de los pocos países del Sur (junto a China, la India, Corea, Brasil y quizás algún otro, pero no muchos) que tiene un proyecto “nacional de clases medias”. Si es o no posible a largo plazo la realización de ese proyecto (y yo creo

que no lo es) no es el tema de nuestro análisis en este momento. Lo cierto es que hoy por hoy existe y se desarrolla en ese país.

Es precisamente por el hecho de que Irán posee una masa crítica capaz de tratar de imponerse como socio respetado que los Estados Unidos han decidido destruirlo mediante una nueva guerra “preventiva”. Como se sabe, el “conflicto” gira en torno a la capacidad nuclear que desarrolla Irán. ¿Por qué no podría ese país –o cualquier otro– tener derecho a adquirir esa capacidad, e inclusive a convertirse en una potencia militar nuclear? ¿En nombre de qué las potencias imperialistas y su títere israelí se arrojan el derecho a mantener un monopolio de las armas de destrucción masiva? ¿Acaso es posible creer en el discurso según el cual las naciones “democráticas” nunca harán uso de ellas, como sí lo harían los “estados canallas”? Es bien sabido que las naciones “democráticas” en cuestión son responsables de los mayores genocidios de los tiempos modernos, incluido el de los judíos, y que los Estados Unidos ya utilizaron la bomba atómica y se oponen a la prohibición absoluta y general de su empleo. Lamentablemente, los europeos también se han alineado con el proyecto de Washington de agresión a Irán.

El tratado de “no proliferación” es inaceptable en sí mismo, aun si –bajo presión– muchos estados del Sur lo han suscrito. La desnuclearización –sumamente deseable– debe aplicarse a todos, comenzando por los países con un arsenal exagerado, en primer lugar los Estados Unidos, al igual que a Israel (que no es firmante del tratado). Si eso no ocurre, la proliferación, lejos de aumentar los riesgos, contribuirá a su reducción, como dicen abiertamente algunos expertos militares franceses.

Los estados y pueblos de los tres continentes afrontan, como siempre lo han hecho, el desafío que les plantea el capitalismo imperialista. Pero la situación económica que caracteriza nuestro período resulta desfavorable para el rápido desarrollo de su capacidad para responder a la agresión, dado que son básicamente

las burguesías compradore las que monopolizan el poder en esos países.

Siendo esas las condiciones, hay que asignarle prioridad a la organización de la defensa popular armada, cuya efectividad se demostró en el sur del Líbano. La defensa del derecho absoluto que asiste a las organizaciones populares en esas condiciones se convierte en responsabilidad fundamental de todos. La idea misma de “desarmar a Hizbollah” resulta inaceptable. A la vez, las luchas populares deben asumir como parte de su desarrollo el objetivo de eliminar del poder a las clases compradore locales que gobiernan en sus países, o, al menos, de obligarlas a coexistir con la organización de fuerzas populares.

La evolución general demuestra que las condiciones están maduras para una nueva oleada liberadora. La revolución bolivariana en curso en la Venezuela de Chávez constituye una de sus posibles vanguardias. Con las victorias obtenidas por otros pueblos latinoamericanos, ya no es Cuba la que está aislada en el continente, sino Washington. En Asia y África, la opinión pública es unánimemente contraria a los Estados Unidos y sus aliados de la Tríada. También se observan señales prometedoras de reconstrucción de un frente del Sur en los debates de las Naciones Unidas y la OMC. Están surgiendo condiciones que, entre otras cosas, posibilitarán el necesario desarrollo de capacidades militares de disuasión. Por supuesto, el vínculo que gobernará las relaciones entre los gobiernos y sus pueblos -y que garantizará que el poder les sea arrebatado a los que lo ocupan- seguirá sujeto a contradicciones que oponen los proyectos de esos gobiernos -probablemente de una naturaleza estrictamente “nacional” y nada más, en el mejor de los casos- a los intereses de las clases trabajadoras. Pero también en lo que a esto toca, una radicalización de las luchas es el único medio de aumentar las posibilidades de avanzar hacia la formación de poderes nacionales, populares y democráticos.

La importancia que le he dado a la dimensión militar del desafío es esencial. Ello se debe a que el área del “Gran Medio Oriente” es, hoy por hoy, un elemento central del conflicto entre el líder del imperialismo y los pueblos del todo el mundo. Hacer fracasar el proyecto de Washington es la condición para que los avances en cualquier región del mundo tengan una posibilidad de consolidarse. Si ello no ocurre, todos esos avances seguirán siendo sumamente vulnerables. Eso no significa que se deba subestimar la importancia de las luchas que se libran en otras partes del mundo (en Europa, América Latina o cualquier otro sitio). Sólo significa que deben formar parte de una perspectiva global que contribuya a la derrota de Washington en el área que eligió para su primer golpe criminal.

Argumentos y límites de las opciones moderadas

Hoy en día se afirma que la radicalización de las luchas no es una opción para muchos movimientos sociales. Son numerosos los argumentos que se plantean para justificar la adopción de posiciones moderadas. En general, se invoca el necesario realismo y la necesidad de no quedar aislado en una posición demasiado de izquierda. Ello es aún más así porque las pequeñas minorías radicales muestran, una vez más, la tendencia a proclamarse “vanguardias”, a rechazar sistemáticamente toda crítica y a obviar las rápidas transformaciones que afectan a las sociedades contemporáneas.

Se trata de argumentos de peso, y como tal deben ser considerados. Más allá de las preguntas verdaderamente importantes que plantean, y a las cuales es necesario dar respuesta, a menudo enmascaran análisis de la situación, posturas y opciones estratégicas relacionadas con ellos que también deben ser objeto de crítica.

Una vez vuelta la página de la primera oleada histórica de experimentos realizados en nombre del socialismo, el capitalismo les parece a muchos la última frontera de nuestros tiempos, y oír que se le tilda de senil, cuando en las noticias aparecen tantas indicaciones de su éxito (“el fin de la historia”) puede incluso despertar una sonrisa. En esas condiciones, los movimientos populares se verían obligados a adherirse a la lógica capitalista, dotar a sus luchas de objetivos modestos, hacer retroceder el neoliberalismo, por supuesto, pero promover sólo la alternativa de administrar un “capitalismo con rostro humano”.

El análisis que he propuesto excluye esas conclusiones. Ello se debe a que la violencia redoblada en las relaciones de dominación por parte del capital que caracteriza nuestros tiempos no es producto de la extravagancia de un neoliberalismo extremo, sino una exigencia de la reproducción del capital en las condiciones contemporáneas. Concluí, a partir de ello que el capitalismo es un sistema obsoleto, no en el sentido de que vaya a desaparecer por sí mismo, a morir en paz de causas “naturales” (como quiere hacernos creer Negri), sino en el de que su reproducción exigirá a partir de ahora el ejercicio de una violencia cada vez mayor. Hemos llegado a la etapa en que los pueblos deben librarse de él, so pena de quedar amenazados, como lo están, de ver a la humanidad condenada a la barbarie.

Ese análisis no excluye la posibilidad de que las clases populares se propongan objetivos inmediatos para sus luchas, indudablemente modestos, pero necesarios para volver a ganar confianza en sus fuerzas. Pero insisto en que, en mi opinión, sus posibles victorias serán vulnerables y frágiles mientras no formen parte de un movimiento que, al tiempo que gana fuerzas gradualmente, asume el objetivo de romper con el capitalismo.

Muchos militantes contemporáneos –especialmente en los centros del sistema imperialista mundial– ya no creen que las luchas encajen en el sistema de las naciones que, según ellos, habrían

perdido su importancia debido a la profundización de la globalización. Y como nación y estado son en buena medida indisolubles, desarrollan estrategias que dejan a un lado deliberadamente la cuestión del poder del estado y lo sustituyen por el combate de la “sociedad civil”. La absoluta prioridad que le conceden a menudo los europeos al objetivo de “salvar a Europa”, como si “la Europa” en cuestión pudiera otra cosa que lo que es –lo que no parece probable en el futuro previsible– tiene su base en el rechazo de la obvia importancia de la diversidad de las realidades nacionales. Y como, por esa misma razón, la vida de los partidos políticos tiene que ver con la pugna por el poder del estado, ponen en tela de juicio la importancia de la “política de partidos”.

En mi opinión, todos esos criterios se fundamentan en un apresurado *a priori* que mezcla lo bueno con lo malo. La globalización no es un conjunto de datos “objetivos” de la que no haya más remedio que formar parte. La globalización que existe es, en realidad, una estrategia promovida por las autoridades de las plutocracias dominantes. No es posible reemplazarla por “otra globalización” sin destruirla antes, y para hacerlo, es necesario restaurar la dignidad de las naciones y la soberanía de los pueblos y los estados. El individuo y la sociedad civil en la cuál éste actúa no se han convertido aún en sujetos de la historia (como afirma Negri); siguen estando completamente condicionados por relaciones sociales específicas del capitalismo. Los partidos políticos (por regla muy general) emprenden sus acciones en el marco estricto de la reproducción del capitalismo, como si ellos también estuvieran convencidos de su carácter eterno. Por tanto, las críticas que se les hacen están perfectamente fundadas. Pero no se reducirá el ámbito de sus desalentadoras prácticas no prestándoles atención, sino inventando nuevas formas de organización política de las clases trabajadoras. Ciertamente que los partidos, en ese marco, obedecen a la “lógica de la organización”, mientras que la radicalización exige que se imponga

la “lógica de la lucha”. Sólo que la lógica de la organización impera en la mayor parte de los “movimientos de la sociedad civil” tanto como en los “grandes partidos”. Y que la lógica de la lucha se impondrá –gradualmente– sólo cuando las luchas mismas se radicalicen.

La necesaria crítica de nuestro pasado –los experimentos históricos de la izquierda y del socialismo en el siglo XX— conduce a lecturas del mismo extremadamente diversas, cuya importancia para la reconstrucción de las fuerzas portadoras de un futuro mejor debe ser uno de los objetivos centrales de nuestros debates. Hay, sin duda, quienes sienten nostalgia de ese pasado, se niegan a aceptar su propia derrota y tratan de comprender las razones que llevaron a ella. Pero esos ya no tienen mucho peso y están condenados a desaparecer. También hay quienes condenan ese pasado desde un punto de vista totalmente ahistórico y no tratan de entender por qué sucedió lo que sucedió. Limitándose a un recuento unilateral y exclusivo de sus no muy democráticos procesos, por decir lo menos, y sus desvíos, incluidos los erráticos o incluso criminales, nos proponen una lectura del “imperio del mal” casi idéntica a la de los neoconservadores estadounidenses y los medios de comunicación dominantes. Por supuesto, no llegan a la misma conclusión que estos últimos: la de que el capitalismo ha reinstaurado finalmente el “imperio del bien”, dado que esos militantes (el movimiento italiano “Autonomía” es el ejemplo más extremo) se ubican, en principio, en el campo anticapitalista.

Lo cierto es que las lecturas ahistóricas inspiran, casi necesariamente, posiciones ambiguas frente a los verdaderos retos que plantea el capitalismo contemporáneo. Porque siempre habrá visiones de futuro provenientes de la izquierda y de la derecha, asociadas a lecturas críticas del pasado realizadas desde la izquierda y desde la derecha. Y si se emplea el término sumamente general de “altermundialismo” para describir las visiones y las

propuestas que se deducen de ellas, hay un altermundialismo de izquierda y un altermundialismo de derecha. El segundo sirve de inspiración a las posiciones nostálgicas que es posible encontrar en las sociedades opulentas (una especie de “ecologismo radical” atestigua esta realidad, como demuestran con mucha claridad el libro *L’Altermondialisme, aspects méconnus d’une nébuleuse* [Altermundialismo, aspectos desconocidos de una nebulosa] de Jean Jacob, Berg. Int. Ed, París, 2006, y muchas críticas de 1968 y sus secuelas) y en las de las periferias escasas de recursos (los fundamentalismos parareligiosos y paraétnicos evidencian esa realidad). El altermundialismo de la izquierda no puede nutrirse de esas quimeras, sino que sólo puede avanzar trascendiendo el pasado mediante una crítica histórica de los límites y carencias de los experimentos de las izquierdas contemporáneas. Entre la derecha y la izquierda siempre hay un centro que asocia elementos de análisis y afirmaciones contradictorios. Por tanto, hay un “altermundialismo de los bobos”. Empleo un término del argot parisiense porque se ajusta perfectamente al caso; los bobos (que es una manera de designar a los “bourgeois bohèmes”, esto es, los “burgueses bohemios”) provienen de la clase media de los centros opulentos; critican el modo de vida que propone el capitalismo, algunas veces con un poco de nostalgia por un pasado remoto, pero se interesan mucho por las verdaderas preocupaciones de las clases trabajadoras, en particular las del Sur.

Los argumentos y análisis que he criticado aquí tienen mucho peso e inspiran actitudes que denomino “moderadas”, o al menos les dan un lugar preeminente entre las alternativas para la acción. Le conceden una legitimidad acrítica a las acciones “humanitarias”, y a menudo llegan a proclamar “el derecho – incluso el deber– de intervenir”, con total inconsciencia de los objetivos del imperialismo (cuya real existencia subestiman o no reconocen), que tienen un peso fundamental en esas intervenciones. ¿Es posible acaso no tener conciencia del hecho de que

fue en nombre de ese “deber de intervenir” que la OTAN (los Estados Unidos y sus aliados subordinados) contribuyó activamente a la destrucción de Yugoslavia, y que se llevan a cabo esfuerzos para legitimar la ocupación de Afganistán e Iraq?

El discurso antimilitarista es hijo, sin dudas, de intenciones loables. Pero se torna reaccionario cuando en su nombre se le niega a un pueblo amenazado el derecho a armarse para resistir las (reales) agresiones del imperialismo contemporáneo. Es innegable que ocurren actos de naturaleza “terrorista”. Su práctica no se limita a las acciones de ciertos grupos –Al Qaeda es el modelo por excelencia de ellos– que inspiran dudas, aunque no sea más que porque su existencia legitima el discurso de los neoconservadores y sus seguidores sobre la “lucha contra el terrorismo”. Es también una tendencia real por parte de algunos que, por otra parte, se ubican por encima de todo movimiento de resistencia o de liberación. Hay que rechazar la confusión que reina en este campo: el “terrorismo” no es el inicio de nada, sino una consecuencia; es producto de lo inadecuado de las respuestas que se dan a retos verdaderos que enfrentan los pueblos. El discurso del “antiterrorismo” lleva casi treinta años elaborándose en los *think tanks*, que lo concibieron como un arma política del imperialismo estadounidense. Ahora, lamentablemente, lo esgrime de nuevo incluso una fracción importante de las izquierdas de los países opulentos, de manera acrítica, sin reflexionar sobre sus orígenes. Se emplea el término “terrorismo” –vago como pocos– para disponer de los debates sobre la violencia. Entre otros, los relativos a las agresiones militares, la destrucción de ciudades y pueblos mediante bombardeos masivos realizados con total impunidad, planificados para aterrorizar (el término es aquí perfectamente adecuado) a poblaciones enteras. La necesaria discusión de la izquierda acerca de cómo responder a ese terrorismo original, cómo identificar los medios políticos y militares que resulten efectivos y cómo distinguirlos de los que no lo son, no debe de ningún modo confundirse con el discurso

de los medios de comunicación dominantes “contra el terrorismo”. Por último, los argumentos moderados sirven de sostén a un peligroso deslizamiento hacia las acciones “caritativas” —que no contribuyen a poner en tela de juicio la lógica capitalista que está en el origen de los desastres sociales, y que sustituye a la lucha en pro del derecho al desarrollo—, fuente de inspiración de un impresionante número de ONGs.

El altermundialismo moderado (el de los bobos) resulta inevitablemente malinterpretado en los países del Sur, porque no aborda las preocupaciones de las clases populares de esas naciones (que constituyen la inmensa mayoría de la humanidad). Un ejemplo perfecto de ese divorcio es el contraste entre el aumento de la popularidad del maoísmo en China y el discurso extravagante, ahistórico y falso, dominante en Europa y los Estados Unidos, que denuncia al “odioso tirano” que supuestamente fue Mao. Podrían multiplicarse los ejemplos. La exagerada representación de las corrientes moderadas en muchos foros sociales, que se explica fácilmente por la disparidad de medios (entre otros, los financieros) de que disponen los potenciales participantes constituye, por tanto, una seria amenaza al futuro de las luchas populares, y está obstaculizando su necesaria radicalización.

La crítica de las opciones moderadas que he realizado aquí no debe entenderse como una posición “sectaria”. La misma no debe constituirse en un obstáculo para la movilización unitaria contra el peligro principal del momento. Este último, como señalé, es el despliegue del proyecto de las clases dominantes del imperialismo colectivo, y más específicamente, de la dirigencia de los Estados Unidos, cuya estrategia se centra en el objetivo de lograr que los ejércitos dirigidos por Washington alcancen el control militar del planeta, y, a ese fin, en la realización de guerras preventivas, la primera de las cuales (y no la última) tiene como blanco al Medio Oriente. Como resultado de ello, el crite-

rio de izquierda y derecha en la actualidad se define según se esté a favor o en contra de esas intervenciones. Y en ese marco, todos los que se oponen a las “guerras de los Estados Unidos”, sean radicales o moderados, y sean cuales fueren los argumentos que invocan, tienen el deber de unir sus fuerzas para emprender una acción común.

Mantendremos la fe en el futuro si creemos que el desarrollo de las luchas podrá llegar a producir, gracias a los requerimientos de su propia lógica interna, su radicalización. No hay dudas de que, en el presente, el predominio de la lógica de la organización constituye un obstáculo importante a esa radicalización. Los sistemas electorales de las democracias occidentales favorecen ese predominio, ya que la preocupación fundamental de los partidos es mantener su posición en los sistemas de poder, y en tanto que, en buena medida, se han convertido en “partidos de los elegidos” y no en “partidos de activistas”. Pero la lógica de la organización no es exclusiva de los “grandes partidos” o los “grandes movimientos organizados”, como los sindicatos, sino que limita también las opciones de los pequeños grupos, las ONGs, etc., para los cuales lograr el poder en el seno de la organización se convierte en un objetivo significativo en la conducción de las luchas. Pero mediante la generalización y la radicalización de las luchas, la lógica de estas, que no tiene como preocupación fundamental el reforzamiento de la presencia de los movimientos en los sistemas de poder establecidos, puede vencer gradualmente. Aun así, es necesario que las direcciones de los movimientos en cuestión sepan resistir la tentación de proclamarse “vanguardias”, sea en referencia a los herederos de la Tercera o de la Cuarta Internacionales, sea a los anarquistas u otros. Es por ello que abogo por la creación de una Quinta Internacional inspirada en la Primera –que reconocía la pluralidad de organizaciones, ideologías y visiones del futuro– y no en la Segunda, la Tercera o la Cuarta (cf. Samir Amin: Por la Quinta Internacional, El Viejo Topo, Barcelona, 2007). La falta de de-

mocracia que se achaca con razón a la izquierda del siglo XX
procede, en buena medida, de las opciones asumidas por esas
Internacionales•

